

Altorrelieve literario de los Países Bajos

Por Ricardo Bada

Los holandeses y los flamencos no sólo han sido grandes pintores, editores y navegantes, sino que también tienen una larga y brillante tradición literaria, injustamente desconocida. Ahora que son invitados especiales a la Feria del Libro de Bogotá, ofrecemos dos visiones contrastantes de este fascinante mundo.

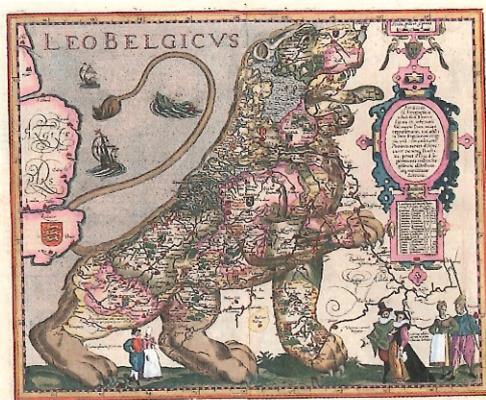
L Si estuviésemos conversando acerca de temas culturales y artísticos y nos preguntasen de repente qué nos sugiere la palabra Noruega casi puede darse por seguro que automáticamente responderíamos “Ibsen”, y si nos preguntaran por Dinamarca la respuesta sería “Andersen”.

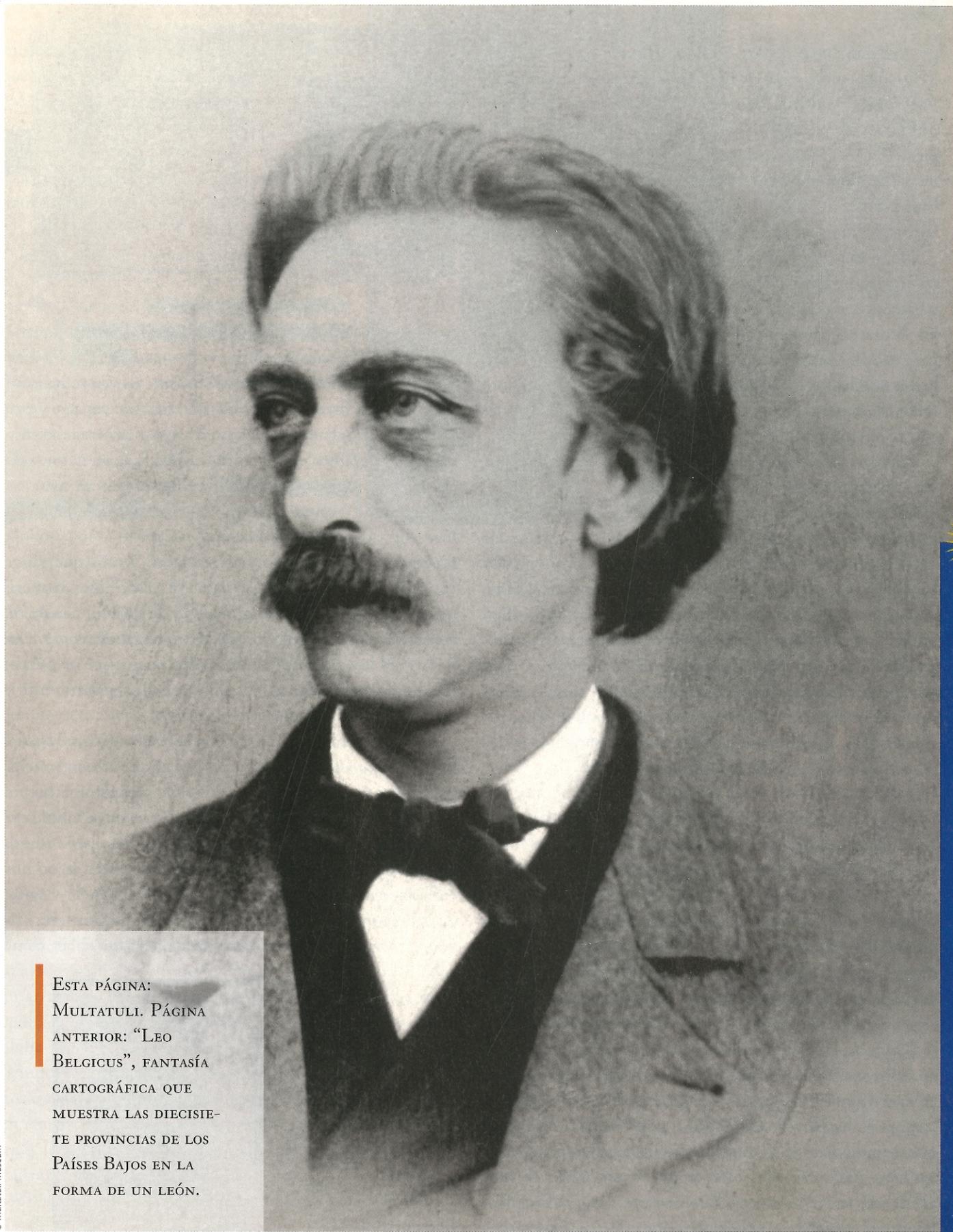
¿Y si nos dijese Holanda? Ahí tengo mis dudas, pero sólo sobre el nombre que se citaría de primero entre estos tres: Rembrandt, Vermeer, Van Gogh. Prefiero no extraer las conclusiones de la posible encuesta, aunque desde luego está muy claro que con el nombre de Holanda no asociamos ningún apellido literario ilustre. Tanto es así que si buscan en la enciclopedia Salvat, en la entrada “Países Bajos” encontrarán los capítulos correspondientes dedicados al arte, la música y la cinematografía, y ninguno a su literatura. Mejor suerte corre Bélgica, donde le dedican una columna a su literatura en lengua francesa y dos a la escrita en neerlandés (que en Bélgica llaman flamenco). Curiosamente, al final de estas dos columnas hay una referencia que dice: “Véase Neerlandesa, Literatu-

ra”, tal vez porque había la intención de tender un puente hacia la que se escribe en el mismo idioma pero del lado septentrional de la frontera. Sería la intención, pero créanme, pueden quemarse las pestañas buscando “Neerlandesa, Literatura”: se esfumó de la enciclopedia, como si nunca hubiese existido. Resulta bastante sintomático.

Y sin embargo, a poco que el lector se detenga a pensar, caerá en la cuenta de que sí conoce la literatura neerlandesa, bien que sea de un modo periférico. ¿Qué persona medianamente culta no ha leído las cartas de Van Gogh, el diario de Ana Frank y *El otoño de la Edad Media* de Johan Huizinga? Otro es el caso, naturalmente, de esos dos grandes holandeses que fueron Erasmo de Rotterdam y Benedictus Baruch Spinoza, pues su idioma literario fue el latín.

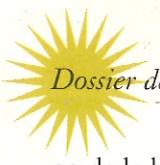
Pero amén de aquellos otros tres casos reseñados, a los atentos lectores de D. H. Lawrence no les habrá pasado por alto su admiración por Multatuli, lamentando quizás no poderlo leer porque pensarán que no está traducido al castellano. Hay otra referencia a Multatuli, en el catálo-





ESTA PÁGINA:
MULTATULI. PÁGINA
ANTERIOR: "LEO
BELGICUS", FANTASÍA
CARTOGRÁFICA QUE
MUESTRA LAS DIECISIETE
PROVINCIA DE LOS
PAÍSES BAJOS EN LA
FORMA DE UN LEÓN.





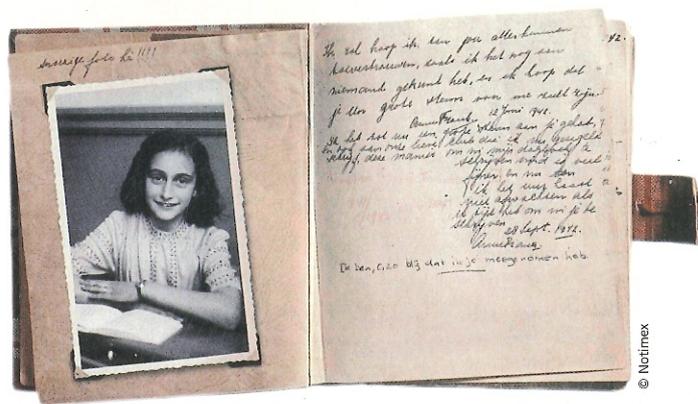
go de la biblioteca del Dr. Sigmund Freud, quien también lo leyó con entusiasmo. Y una tercera en la página final de *Los libros en mi vida*, ese delicioso prontuario de Henry Miller: en el apéndice II —la lista de los libros que todavía piensa leer—, Miller incluye *Max Havelaar*, la obra cumbre de Multatuli y al mismo tiempo la primera novela anticolonialista escrita por un occidental, ciudadano de una potencia colonial como lo eran los Países Bajos en el siglo XIX.

No se trata aquí y ahora de hacer un epítome, ni tampoco un estudio exhaustivo, de las letras neerlandesas, pero sí podríamos aventurar una especie de panorama en donde no se pasen por alto los nombres y las obras esenciales. Y para ello no hace falta que nos remontemos al principio, a la primera línea documentada en neerlandés, en su variante flamenca, que se halla en un manuscrito de alrededor del año 1000 en la Biblioteca Bodleyana de Oxford:

“Tienen todos los pájaros sus nidos empezados, menos yo y tú, ¿a qué esperamos ahora?”.

La frase es tan sólo una “prueba de pluma” —seguramente de un copista antes de ponerse a la tarea—, y además se encuentra en el forro de un manuscrito, y por si todo ello fuese poco parece traducción de una latina escrita al lado, pero así de humildes pueden ser los orígenes. Mas ya digo que no hace falta remontarse a ellos si tomamos en cuenta que existe en neerlandés, desde 1481, nada menos que todo un clásico: *Elckerlijc*. Resta nada más establecer que, en orden a la prelación, los primitivos neerlandeses anteponian el yo al tú, y eso en una relación amorosa, así que ya podemos suponer cómo sería en lo demás.

La palabra “elckerlijc” suele traducirse lastimosamente como “todo hombre” o “cada uno”, aunque sólo significa lisa y llanamente “cualquiera”, sin la connotación despectiva que tiene en castellano cuando se acompaña del artículo indeterminado. “Elckerlijc” podría traducirse, incluso, libérrimamente, como “Mengano”, porque en realidad el anónimo autor de la obra se vale del mismo truco verbal que Ulises contestándole a Polifemo cuando el gigante le pregunta cuál es el nombre de quien pronto lo habrá de dejar ciego: “Nadie”. En cuanto a la obra en sí, *Elckerlijc* es uno de esos que en la terminología escénico-religiosa de la época se llamaban misterios, pero no uno más: su éxito fue tan fulminante que de inmediato se tradujo al inglés (*Everyman*), tan de inmediato que hubo un tiempo en que se creyó que el texto neerlandés era la traducción de una obra original inglesa. El éxito prosiguió en el resto de Europa y llega hasta nuestros



días, pues el famoso *Jedermann* de Hugo von Hofmannstahl que se representa canónicamente todos los años inaugurando los Festivales de Salzburgo, y cuyo papel protagonista es la piedra de toque de los grandes actores alemanes, no es otra cosa que *Elckerlijc* adaptado a la escena moderna. Decía el ácido y certero Karl Kraus que Hugo von Hofmannstahl poseía la virtud de crear flores artificiales que se mustiaban naturalmente, y llevaba mucho de razón en ello, pero no en lo que respecta a *Jedermann*: Karl Kraus hubiese replicado que eso debe ser porque no fue parida por la inspiración propia, y la verdad es que me sentiría inclinado a avalar semejante juicio.

Algo posterior a *Elckerlijc* es una obrita maestra, *Marijken van Nieuweghen* (*Mariquilla de Nimega*), donde se anticipa ya el tema del pacto fáustico con el Diablo, pero hecho por una mujer —la protagonista titular—, y donde se emplea ya el recurso pirandelliano del teatro dentro del teatro. Resulta estremecedor darse cuenta de que la tragedia se origina en la incredulidad de la tía de Mariquilla sobre la virginidad de la joven: “¿Me vas a hacer creer que aún eres virgen?/ ¿Me vas a hacer creer que todavía/ no sabes cómo

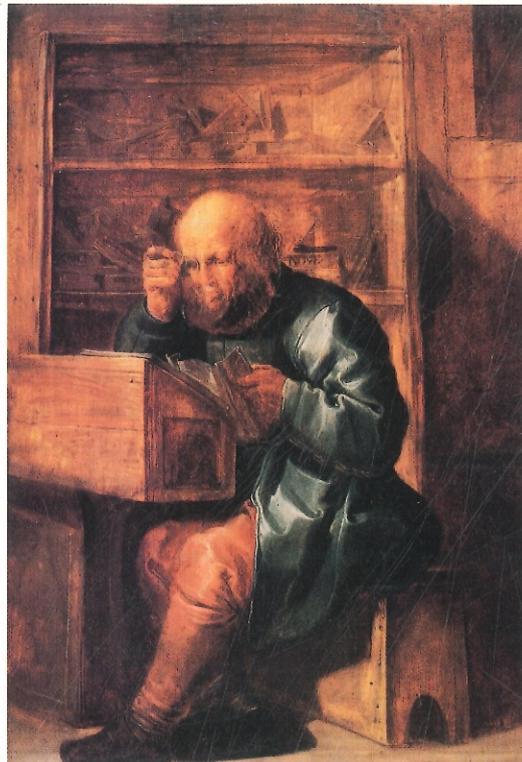
ARRIBA: PÁGINAS DEL DIARIO DE ANA FRANK, CON UNA FOTO DE LA AUTORA. ABAJO: PÁGINAS INTERIORES Y GRABADO DE LA PRIMERA EDICIÓN HOLANDESA DEL *ELCKERLIJIC*.



fuiste concebida? (...) No me digas, sobrina, que tú estás/ ayuna de esta clase de manjar. (...) Que todas vírgenes y castas somos/ hasta que el vientre se nos pone gordo”. A título personal prefiero Mariquilla a Cualquiera, y esta frase puede y debe entenderse en toda la inabarcable amplitud de su ambigüedad.

3 El siglo siguiente contempla a partir de 1555, y nada menos que hasta 1648, el gozoso y bello espectáculo de la guerra de los ochenta años (¡que incluye una tregua de doce!, para que se calmen los amantes de la aritmética que hayan combinado las cifras anteriores). Ahí chocan de frente el fundamentalismo católico y el calvinista, y todos felices, creyendo en el mismo Dios, se matan que es una gloria verlos. El duque de Alba, preocupándose por la futura carrera del compositor

Ludwig van Beethoven, a quien intuyó dos siglos antes de que naciera, le ofrece la decapitación del conde de Egmont en la Grande Place de Bruselas como motivo para una obra inmortal. Alejandro Farnesio y Justino de Nassau, dos caballeros, se inclinan recíprocamente el uno ante el otro en el acto de entrega de las llaves de la ciudad de Breda, a fin de que don Diego Rodríguez de Silva y Velázquez pueda componer en Madrid un lienzo inmortal que el pueblo soberano bautiza *Las lanzas*. Es un tiempo durante el cual en la capital de España se estrenan obras de Lope y de Calderón tituladas, por ejemplo, *El asalto de Maastrique* (ciudad de nombre hoy castellanizado como Maastricht), cuya acción transcurre toda en los Países Bajos, y en las que algunas rimas en “á” demuestran que los españoles de entonces sabían cómo se pronuncia en neerlandés el nombre de Breda: Bredá. Es la época, con bastante seguridad, en que el idioma de Castilla se enriquece con voces como abra, toldo, amarrar, baluarte, grumete, babor, estribor, incluso..., provenientes todas, junto con muchas más, del idioma que hablaba Mariquilla de Nimega. Pero en estos tormentosos tiempos lo que más cabe destacar —en el contexto donde nos movemos— es la intensa actividad editorial, sobre todo en Amberes, en la casa Plantin-Moretus, que es hoy uno de los museos más atractivos que pueden visitarse en la vieja Europa. De las máquinas de Christophe Plantin y su yerno Jan Morentorff (alias Moretus, latinizado) salieron maravillas de tal calibre como la Biblia políglota de Arias Montano



© Museum Plantin Moretus

© Museum Plantin Moretus



IZQUIERDA: EN EL TALLER DE PLANTIN-MORETUS, EL ERUDITO CORNELIUS KIEHL REvisa PRUEBAS DE LA BIBLIA POLÍGLOTA, UNA DE CUYAS PÁGINAS PUEDE VERSE ARRIBA.

y las primeras traducciones de *Don Quijote*, mientras alrededor de la casa matriz editorial bullían la guerra y las hermosas aventuras de los corsarios contra los galeones que transportaban la plata de las Indias, gran parte de la cual nunca llegó a la Casa de la Contratación en Sevilla: antes remontaba el Támesis y el Amstel que el enjuto Guadalquivir. No, no fueron buenos tiempos para la literatura neerlandesa, ni siquiera por reflejo en los siglos venideros. Si bien debe decirse, en honor de la exhaustividad, que uno de los más grandiosos éxitos del teatro español en verso del siglo xx fue justamente *En Flandes se ha puesto el sol*, de Eduardo Marquina, a quien vaya usted a saber por qué Porfirio Barba-Jacob consideraba el mayor poeta contemporáneo suyo en todo el idioma. Ciertamente no lo era, pero en ese drama dejó a las generaciones que siguieron aquel endecasílabo brioso que pone fin al segundo acto y que pronto se transformó casi en un lugar común, y desde luego en una taxonomía nacional: “¡España y yo somos así, señora!”.

4 Si avanzamos ahora hasta el xvii, el siglo dorado de los Países Bajos, todos los tratadistas coincidirán en señalar como figura señera la de Joost van den Vondel (1587-1679), príncipe de los ingenios neerlandeses, para decirlo con un epíteto que usamos también en nuestro idioma, no sé si al referirse a Cervantes o a Lope. No importa. Vondel —vástago de una fa-

milia menonita flamenca, de Amberes— nació en tierras alemanas, concretamente en esta ciudad de Colonia donde resido, y vio la primera luz del mundo en la Achterstrasse, que conozco muy bien porque en ella ha vivido mi hijo varios años. Pero Colonia fue nada más una etapa en la huida familiar en busca de un lugar donde vivir libremente la propia religión, y esa meca era entonces Ámsterdam. Allí, una persona de condición modesta como era Vondel recibió sin embargo una educación y una formación cultural de primerísima categoría. En todo y por todo se le respeta y venera como la piedra fundacional de las letras patrias, pero mi impresión es que tan sólo se lo cita, y punto. Jamás, en mis muchas horas de tren por los Países Bajos, he visto a un solo lector de Vondel, y créanme que este argumento es de peso, también estadísticamente.

Sí he visto en cambio leer, y en el tren, la obra de un contemporáneo de Vondel, de Pieter Corneliszoon Hooft (1581-1647), autor de las *Neederlandsche Histoorien* (*Historias neerlandesas*), que aunque no son noveladas siempre me parecieron una especie de *Episodios nacionales* a lo Galdós, semejanza que quizás explique el hecho de que se las siga leyendo. [Dicho sea de paso, Pieter Corneliszoon Hooft era el nombre del carguero con el que Neruda emprendió su regreso a Chile desde Batavia —hoy Yakarta— en 1932, acompañado de su primera esposa, una criolla neerlandesa a quien él llamaba Maruca]. Y asimismo rigurosamente contemporáneo de Hooft y Vondel fue el malogrado Gerbrandt Adriaenszoon Bredero (1585-1618), a quien se debe una comedia muy curiosa, *Spaanschen Brabander Jerolim* (*El brabantón español*). La cual, si se tradujese al castellano y el joven mozo protagonista holandés Robbeknol, así como su noble señor medio español del Brabante, Jerolimo Rodrigo, hablaran un castellano castizo, y la acción no se desarrollase en Ámsterdam sino en Salamanca, pues resulta que nos encontraríamos con el *Lazarillo de Tormes*. Sólo que el *Lazarillo* es de 1544 y *El brabantón...* de 1617, así que en este caso concreto sí se sabe qué fue primero, si el huevo o la gallina. Pero en aquellos tiempos todos entraban a saco en la obra de los demás y nadie se molestaba por un plagio de más o de menos: y si no que le pregunten a Shakespeare.



5 Pasemos piadosamente de largo por encima —o por debajo— del siglo XVIII en la literatura neerlandesa; nos espera una grande, una enorme revelación en la centuria que le sigue. Ésta: una de las personalidades más fascinantes y más universalmente desconocidas de la literatura universal es la de Eduard Douwes Dekker, quien inmortalizó el seudónimo de Multatuli, que tomó de un verso de Horacio en su *Ars poetica*: “Multa tulit fecitque puer, sudavit et alsit” [“Sudando y tiritando mucho es lo que ya tuvo que hacer y soportar cuando niño”]. Eduard Douwes Dekker, Multatuli, nació en Ámsterdam el año 1820 y falleció exiliado en un lugar a las orillas alemanas del Rin, 67 años más tarde. El conjunto de su obra abarca el drama, la novela que hoy llamaríamos comprometida y la que desde siempre fue llamada picaresca (*De Geschiedenis van Wouertetje Pieterse*

[*La historia de Waltercito Pieterse*] es una verdadera delicia), y además la reflexión articulada en esos siete volúmenes rotulados sencillamente *Ideën* (*Ideas*), que lo convierten en el sucesor natural de La Rochefoucauld y Lichtenberg.

Multatuli fue —ya lo apunté más arriba— el primer novelista occidental, de un país colonialista, que se enfrentó a pecho descubierto con una potencia colonial, con su propio país, los Países Bajos, en una novela que de no haber sido escrita en neerlandés sino en inglés o francés, gozaría de la misma fama universal que las de Rudyard Kipling o André Malraux, tan inferiores ambos a Multatuli en el coraje y en el talento. Sea como fuere, en esa novela, titulada *Max Havelaar o Las subastas de café de la Compañía de Comercio Neerlandesa* (1860), Max Havelaar, el protagonista, funcionario colonial de los Países Bajos en Indonesia, devela la connivencia entre la burocracia de los europeos y la oligarquía de los sátrapas y reyezuelos vernáculos, y concluye cuando el propio Multatuli le arrebató la pluma a su personaje para preguntarle al rey en ejercicio, Guillermo III: “¿Es vuestra imperial voluntad (...) que más de treinta millones de súbditos de Su Gracia en las Indias Orientales Neerlandesas sigan siendo maltratados y explotados en vuestro nombre?”. El tono y el gesto prefiguran ya el formidable *J'accuse* de Zola en 1898, y la novela supuso un revulsivo casi ca-

taclísmico en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX, una Europa que se creía llamada a la noble empresa de cristianizar, occidentalizar y, en suma, civilizar al resto de la ecúmene.

Tan fuerte fue la reacción que Multatuli debió abandonar ese país suyo que hoy nos parece un paradigma de la tolerancia y un oasis de la convivencia. Y que lo es, siempre que, claro está, no le toquen ni la cartera ni el monedero, porque entonces ¡adiós a los valores humanísticos!

Y resulta que Multatuli, que ni siquiera era extranjero, con esa novela suya les tocó no sólo la cartera y el monedero, sino además las cuentas corrientes y las cuentas no tan públicas, tanto a los particulares como al Estado y a la Corona. Ay amigo, eso es grave. Multatuli tuvo que exiliarse. Pero sus lectores lo querían a toda costa, por lo menos en las pá-

ginas de algún diario, aunque sólo fuese como corresponsal en el extranjero. ¡Y qué extranjero! Porque Multatuli se había ido a vivir a uno de los lugares más conflictivos de Europa alrededor de 1865: la Renania, donde se estaban mirando de reojo, y con muchas ganas de pelearse, Napoleón III y Prusia.

Un diario holandés, finalmente, nombró a Multatuli su corresponsal en esa zona crítica, pero bajo la condición de que sus crónicas debían ser irreprochablemente objetivas. “Objetivas, objetivas, objetivas”, remachó alguna vez el redactor jefe. Y entonces Multatuli se dedicó a enviar crónicas donde se limitaba a traducir los distintos puntos de vista de la prensa alemana: *El Tiempo* de Hamburgo, *El Matutino* de Munich, *La Gaceta* de Berlín, *El Liberal* de Francfort, *El Espectador* de Colonia, *El Observador* de Maguncia, etc. Cu-

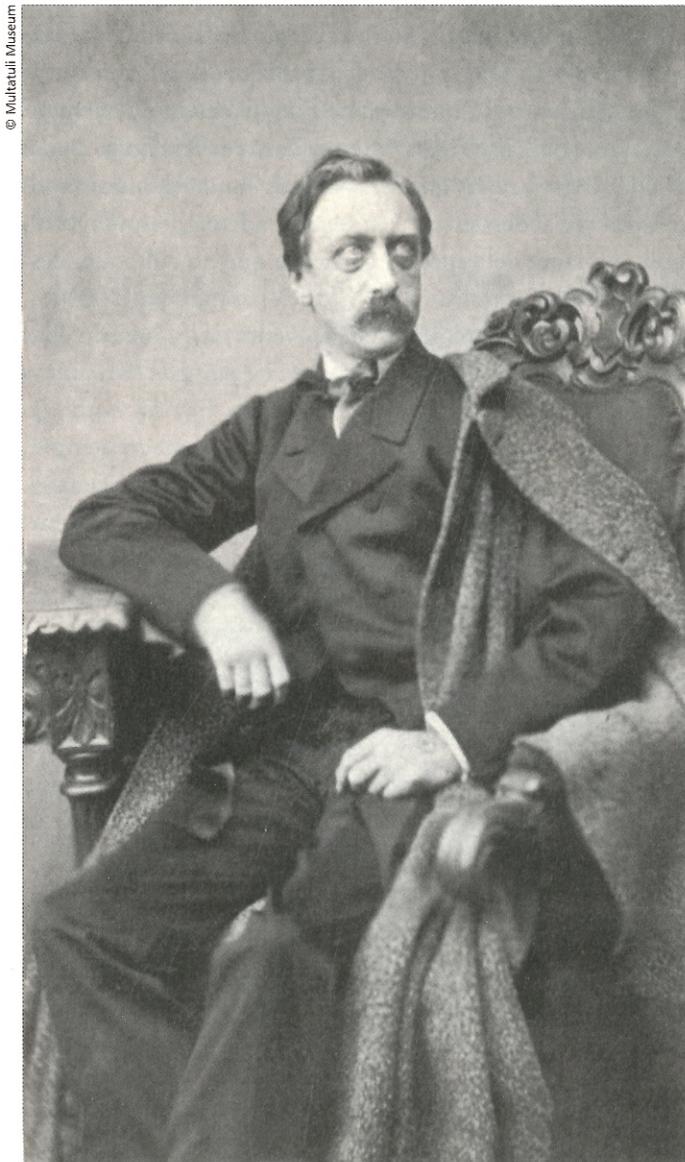
riosamente, algunas crónicas (como la del 8.10.1867) sólo contenían citas de este último diario, por el que Multatuli parecía sentir cierta debilidad. Todo funcionaba a la perfección hasta que alguien descubrió que no existía ningún diario llamado *Der Mainzer Beobachter*, *El Observador* de Maguncia. Claro está que no. Las opiniones de ese *Observador* eran las de Multatuli, el cual había inventado así el modo de zafarse de la censura “objetiva” que le imponían desde los Países Bajos.

Quien escribe estas líneas tiene ya casi cincuenta años de periodismo a las espaldas, pero puedo asegurarles que no conozco otro caso como éste, de un gran escritor doblado de periodista, que le haya ganado la partida, de manera tan revolucionaria y original, a los dictados del poder.

Los periodistas neerlandeses contemporáneos han sabido rendirle homenaje a esa lección de astucia y de puro deseo de supervivencia del derecho a la propia opinión; y así, si ustedes ven en los diarios holandeses de nuestros días una columna encabezada por un renglón que dice DER MAINZER BEOBACHTER, eso quiere decir que es allí donde expresan su libre opinión.

La más libre de todas ellas, la que rinde homenaje al más grande de sus colegas, al más grande periodista y al más grande escritor de los Países Bajos: Eduard Douwes Dekker, alias Multatuli. Ante el cual sólo cabe sacarse el sombrero. En mi caso, y con muchísimo respeto, la boina.

PÁGINA ANTERIOR: EL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS NEERLANDESES, JOOST VAN DEN VONDEL. ESTA PÁGINA: EL PROLÍFICO NOVELISTA, PERIODISTA Y DRAMATURGO EDUARD DOUWES DEKKER, CONOCIDO COMO MULTATULI.



© Multatuli Museum

6 De Multatuli en adelante bien podemos decir que la literatura neerlandesa alcanza la mayoría de edad, aunque su difusión extramuros del país haya sido bastante escasa. Ilustrativo es el caso de Louis Marie Anne Couperus (1863-1923), el gran realista del cambio de siglo, cuyas obras maestras se tradujeron en su día al alemán pero luego sólo fueron reeditadas en la hoy extinta RDA, lo que venía a ser igual que si continuasen inéditas. Suma injusticia si se piensa en *Van oude mensen: die dingen die voorbijgaan* (*De los ancianos: las cosas que van pasando*) y, sobre todo, en *Eline Vere*, que puede alinearse sin desmerecimiento al lado de *Madame Bovary*, *Ana Karenina*, *La Regenta* y *Effi Briest*. (Y por cierto que estas novelas del adulterio —por llamarlas de alguna forma— se titulan todas con el nombre de su víctima pero, juiciosa y sabiamente, Eça de Queiroz tituló la suya homologable con el nombre del victimario: *El primo Basilio*. Confesaré que de ellas, y por muy grande que sea el mérito de las obras de Flaubert, Tolstoi, Clarín y Fontane, amén de Couperus, siempre he preferido la del gran Eça a las demás).

7 Ya entrado el siglo xx, no pueden dejarse de mencionar tres líricos cimeros: Martinus Nijhoff (1894-1953), tan admirado por Joseph Brodsky y a su vez tan buen poeta como admirable traductor, auténtico recreador de Eurípides, Shakespeare, Gide y T. S. Eliot; el desgarrador y atormentado Gerrit Achterberg (1905-1962), uno de los más originales exorcistas poéticos de la amada definitivamente ausente, con metáforas inesperadísimas tomadas del vocabulario científico y técnico; y Lucebert —bautizado sin que pudiera defenderse de ello como Lucebertus Jacobus Swaanswijk— (1924-1994), a quien elijo como representativo de todo un movimiento que se llamó “los del 50” y que tuvo fuertes concomitancias con el grupo Cobra, y también por su doble faceta de poeta y artista gráfico, y por ser uno de los pocos líricos neerlandeses que ha tenido edición propia en castellano, como Achterberg. Tradujo a los dos Francisco Carrasquer, siendo editado Achterberg por Losada en Argentina, 1968, y Lucebert por Plaza & Janés en España, 1978. Al mismo Carrasquer se deben asimismo dos antologías de poesía neerlandesa, la primera en edición bilingüe y ambas publicadas por El Bardo, Barcelona, 1971 y 1988. Quienes se interesen por estas antologías pueden rastrearlas en el sitio de internet www.iberlibro.com, que agrupa la oferta completa y sumamente pormenorizada de las librerías españolas de viejo y que es un verdadero tesoro para los bibliófilos y los bibliómanos.



© Couperus Museum

LA OBRA DE LOUIS COUPERUS (IZQ.) CASI PASÓ AL OLVIDO AL REEDITARSE SÓLO EN ALEMANIA ORIENTAL. EN CAMBIO, LA DEL FLAMENCO HUGO CLAUS (PÁGINA SIGUIENTE) HA SIDO TRADUCIDA A LAS PRINCIPALES LENGUAS DE OCCIDENTE.

Y en lo que se refiere a la narrativa, de Multatuli pasando por Couperus el testigo lo tomará Simon Vestdijk (1898-1971), de quien un crítico dejó dicho que escribía más de prisa de lo que Dios puede leer. Y es que Vestdijk fue, con toda seguridad, el último vástago de una casta de narradores como Balzac, Victor Hugo, Dostoievski, Zola, Pérez Galdós, Baroja, a los que no podemos llamar desmesurados pero tal vez sí obsesivos. Y en su caso, además, omnífono: no hubo variante del espectro narrativo que no cultivase, desde la novela naturalista a la histórica pasando por la gótica, la criminal, la mitológica, la de aventuras —una de ellas ambientada en el Caribe, *Puriteinen en piraten* (*Puritanos y piratas*)—. Fundamentalmente novelista, hay sin embargo un par de cuentos suyos que me han impresionado siempre, sobre todo *Het veer* (*El ferry*), ambientado en su Frisia natal. Había nacido Vestdijk en Harlingen, un puerto en la embocadura del Zuiderzee, aquel mar interior de Holanda que ya no existe, cerrada su salida al Atlántico por un dique gigantesco y desecada la mitad de su extensión para crear un polder inmenso que es la duodécima provincia de los Países Bajos: Flevoland. Esa ciudad, Harlingen, en la obra más válida y perdurable de Vestdijk se llama diáfanoamente Lahringen, y en ella transcurre por ejemplo la acción de una obra maestra suya que se titula *De koperen tuin* (*El jardín de cobre*), enigmáticamente traducida al castellano como *Por siempre otoño*. Aprovechando como trama los ensayos de una función de ópera (*Carmen*) a cargo de un conjunto de aficionados locales, Vestdijk consigue ese milagro que también logró Clarín con *La Regenta*: convertirnos en espectadores y hasta partícipes de un drama humano que acaba en tragedia, pero sin que en ningún momento adquiramos conciencia de que el autor nos ha secuestrado el alma por unas horas: sencillamente estamos allí por obra y gracia de una

ósmosis que se produce durante la lectura. No sé de otras novelas de Vestdijk vertidas a nuestro idioma, y debo confesar que mucho me tienta, desde que la leí, traducir yo mismo *De dokter en het lichte meisje* (*El doctor y la muchacha ligera de cascos*), cuya protagonista, Cor, es una de esas mujeres de las que te enamoras en cuanto la conoces. Incluso aunque no sea bíblicamente.

Rigurosamente contemporáneo de Vestdijk es el malogrado J. J. Slauerhoff (1898-1933), autor de una obra escasa pero intensa, e intensamente ligada a Portugal y a Camões, un país y un poeta que lo sedujeron hasta el punto de viajar varias veces a Macão, la colonia portuguesa en China donde dizque Camões concibió *Os Lusíadas*, y donde Slauerhoff lo resucitó de una manera congenial en su novela *Het verboden rijk* (*El imperio prohibido*). En la primavera del 2000, me sorprendió escuchar por la radio, en un lugar perdido de la provincia neerlandesa, a la joven fadista lusitana Cristina Branco cantando poemas de Slauerhoff: “Tan sólo me consuela mi lamento/ La vida no conoce la piedad/ No tengo sino mi fado/ Para mi noche vacía llenar”. Un poema holandés con pintas de bolero, o de tango, y desde luego de fado.



© Dauphin

8 Y antes de abordar los últimos tiempos, seamos respetuosos con la intrahistoria de la que hablaba Unamuno, y que en este caso, hablando como lo estamos haciendo de literatura, significa una referencia honrosa a tres autores que no pasarán seguramente al canon de la neerlandesa. De acuerdo en ello, pero no olvidemos que en toda literatura el canon es la punta de un iceberg, y ella no existiría sin las nueve partes sumergidas. Les hablo, pues, de Theun de Vries (1907), aún en activo a sus 95 años, y de quien quizás debiera traducirse al castellano su novela *De vrijheid gaat in't rod gekleed* (*Pasa la libertad de rojo vestida*), cuya acción transcurre poco antes de 1789 en la isla caribeña de Guadalupe. Les hablo, pues, de Jan de Hartog (1914), quien escribe con igual facilidad en neerlandés que en inglés —se casó con una hija de Priestley—, y que además de éxitos novelísticos muy relevantes en su país acertó una diana teatral universal con *The Fourposter*, llevada al cine en 1952 con Rex Harrison y Lilli Palmer en los papeles protagonistas: un fenomenal *tour de force* para grandes actores. Y les hablo, pues, de Hella S. Haasse (1918), nacida en Indonesia, donde transcurre su primera y quizás mejor novela, *Oeroeg* (pronúnciese “úruj”), la historia de un niño aborigen —Oeroeg— que crece fraternalmente junto con el de unos funcionarios coloniales, y que fue llevada al cine ampliada hasta abarcar el conflicto por la independencia, que ve a ambos niños, ya adultos, encarnizados en una particularísima guerra civil; no obstante, la fama que rodea a la autora proviene de su segunda novela, *El bosque de la larga espera*, un vistoso fresco histórico de 750 páginas sobre la vida del rey poeta Carlos de Orleáns. Tanto Jan de Hartog como Hella Haasse están traducidos al castellano, en ediciones populares, no así, que yo sepa, el frisio Theun de Vries, que los supera en calidad literaria. Con lo cual se vuelve a plantear por enésima vez el problema de la adecuada recepción de una literatura extranjera.

9 El problema es verdaderamente flagrante en el caso de la literatura neerlandesa y nuestro idioma si se piensa que los dos más grandes autores de los Países Bajos en el siglo xx aún no han sido traducidos al castellano. Ni Willem Frederik Hermans (1921-1995) ni Gerard Kornelis van het Reve (1923).

Al primero de ellos, todos los que hemos tenido la fortuna de leer sus novelas, sus cuentos, sus dramas, sus temibles polémicas, lo consideramos un clásico, un maestro en el estilo y de la ironía, alguien cuya pluma se mojaba —para decirlo con palabras suyas, el título de un volumen de sus



© Koppe

ensayos— en mandarinas disueltas en ácido sulfúrico. Como Multatuli, hubo un momento en que no soportó más el ambiente enrarecido de su país y se marchó a vivir a París, donde escribiría su última obra maestra, *Au pair*. En ella, a través de la retina de la joven Paulina, una zeelandesa que mide 1,92 m (detalle esencial en la trama) y que llega a París para desempeñarse como chica *au pair* con una familia francesa, Hermans nos deja un retrato inmisericorde de las pequeñas miserias y corruptelas de la rica y satisfecha burguesía europea. Una novela admirable que no ganó el premio Europa 1992 porque como me dijo el presidente del jurado, un afamado crítico español, “comprenderás que no vamos a dárselo a un libro de un autor europeo que pone en ridículo a otro país europeo”. Un criterio con base en el cual se descartarían para el galardón obras tales como *Carmen* de Prosper Mérimée, *Mario y el mago* de Thomas Mann e *Inglaterra me hizo así* de Graham Greene. Apostillaré que el premio Europa de ese año —¿lo recuerdan?, el del ominoso Vº centenario— se lo concedieron a un español, a Manuel Vázquez Montalbán, por una de sus numerosas mediocridades, titulada *Galíndez*. ¡Honni soit qui mal y pense!

Más explicable es que no se conozca entre nosotros la obra de Gerard Kornelis van het Reve, que significa un bravo desafío a la traducción en cualquier idioma, incluso el alemán,

MAARTEN 'T HART ES CONSIDERADO UN ESCRITOR ACTUAL, Y SU OBRA *Bach y yo* CONSTITUYE UNA GUÍA IMPRESCINDIBLE PARA CONOCER LA OBRA DEL MÚSICO ALEMÁN. ALGUNOS DE SUS LIBROS HAN SIDO TRADUCIDOS AL CASTELLANO.

tan cercano. La lengua de que se vale Van het Reve, cuajada de arcaísmos y el idiolecto de los tinterillos, resemantizando el resultado por obra y gracia de su tensión poética —tal vez la mayor en idioma neerlandés en todos los tiempos—, consiguiendo una personalísima mezcla de algo así como León de Greiff+Kafka, si bien un Kafka cuya lectura nos ha-

ce entender por qué Kafka se reía a carcajadas leyendo sus propios textos..., esa lengua (digo) no es de fácil acceso ni siquiera a sus connacionales. Pero aun entendiendo que esté ausente de los catálogos de las editoriales hispánicas, no podríamos dejar de mencionar al virtuoso que la usufructúa (y este verbo es gerardvanhetreveriamente exacto en este caso). Aunque más no fuese sino para contraponerlo a otro autor igualmente espléndido, como ensayista, que da la casualidad de que es su hermano mayor, Karel van het Reve (1921), quien emplea una lengua en los antípodas completos de Gerard: diáfana y sencilla hasta el no va más. Hasta el punto de que no entiendo por qué no ha habido todavía un editor que no haya sacado en Bogotá, Madrid, Buenos Aires, Barcelona, México, donde sea, alguna buena antología de sus escritos, los de este delgado y develador de Freud, que demostró con pruebas fehacientes cómo es que el método analítico del psicoanalista austríaco está calcado directamente del método deductivo de Sherlock Holmes; y ésta es nada más que una de las muchas sorpresas pedagógicas que uno se puede llevar leyendo a Karel van het Reve, cuya ironía tanto recuerda la de Bernard Shaw.

10 Y el resto es la actualidad dura y pura, en la cual —atendiendo a mi gusto personal— destacaré los nombres de Harry Mulisch (1927), Cees Nooteboom (1933), Margriet de Moor (1941) y Maarten 't Hart (1944), a quien por cierto se debe el bello volumen *Bach en ik* (*Bach y yo*), una guía preciosa e imprescindible para adentrarse en la música del gran Johann Sebastian. Todos ellos, sobre todo y desde hace tiempo los dos primeros, vienen siendo traducidos regularmente al castellano, y alguno, como Nooteboom, y también el belga de escritura neerlandesa Hugo Claus (1929), hasta se han hecho populares en España. Es un efecto yo diría que derivado del hecho de la Unión Europea, la

cual ha logrado fomentar el conocimiento mutuo incluso entre españoles y portugueses, lo que ya es decir. Aunque quizás esa popularidad también se deba a que los españoles aman a los perdedores, y es hartos sabido que Nootboom y Claus perdieron en 1959, en Ibiza, una apuesta sobre quién era el tragaldabas capaz de comer más flanes: Mulisch los derrotó devorando 135 flanes uno detrás del otro.

Y desde luego que existen nuevas promociones dentro de la literatura neerlandesa, debiendo destacarse el éxito extramuros que está obteniendo la obra de Arnon Grunberg (1971), del que ya se han traducido al menos dos libros en España. Pero por un lado no existe todavía una perspectiva que permita asegurar si su obra será de las que queden en el canon, y del otro lado resulta que el mayor valor descubierto en neerlandés en los últimos tiempos es el narrador fla-

menco Erwin Mortier (1965), y aquí se impone un cierto deber de fidelidad al tema que propongo en el título: establecer el altorrelieve literario de los Países Bajos, y sólo en ellos.

No quisiera cerrar estas notas sin hablar de la traducción y rendir un homenaje. Por lógica, la traducción juega un papel de primera categoría en el mundo literario de un país cuyo idioma es minoritario. Atendiendo aquí solamente a la relación del neerlandés con el castellano pienso no ser injusto si la personalizo en la figura de Barber van de Pol. A ella se deben entre otras las traducciones modélicas de *Ra-yuela* y *El coronel no tiene quien le escriba*, y de nada menos que una nueva versión —sin una sola nota a pie de página— de *Don Quijote de la Mancha*, hazaña cumplida en 1997 y que hubiese merecido de un personaje de Valle-Inclán el más acertado de los piropos: “¡Cráneo privilegiado!”. ○